

LIBROS

Bassani: ¿Es posible olvidar?

Giorgio Bassani es, seguramente, uno de los miembros del realismo italiano de posguerra mejor conocido en España. El hecho se debe, en parte, a la atención que desde un principio prestó a su obra la editorial Seix y Barral—«El jardín de los Finzi-Contini» apareció en 1963; «Historias de Ferrara», en 1967; «Detrás de la puerta», en 1969—, y, en parte, también a la coincidencia de llegar esa muestra de sólido realismo justo cuando el nuestro empezaba a decaer visiblemente. Las obras de Bassani—«El jardín...» sobre todo—tuvieron tan favorable acogida porque demostraban la viabilidad de un realismo narrativo sereno, sin especiales adjetivos tras de sí, depurado de ambigüedades de vocabulario y de violencias extraliterarias, pero que, al mismo tiempo, se aferraba firmemente al procedimiento tradicional. Con Bassani llegó la evidencia de que el verismo literario no requería estridencias, ni la postura crítica miserabilismos y cubos de basura. Crítico hasta el rencor si se quiere, Bassani dejaba en la cuneta—de momento—la pesadilla masoquista.

Las «Historias de Ferrara» traían, además, otra novedad: el relato como pieza independiente de una estructura novelística pensada como unidad de fondo. La boga del relativismo, entonces vigente, acogió bien esta fórmula que permitía un amplio margen de movimientos, aunque a veces se convirtiera en aliado fiel de la pereza creadora.

De aquellas «Historias...» se reeditan ahora—«Lida Montovani y otras historias de Ferrara», Barral Editores, Libros de Enlace, 1971—cuatro importantes muestras, sin que el conjunto se resentiera, porque, de hecho, el libro primitivo permite, precisamente

por su estructura hábilmente descompuesta, que se aislen unos relatos de otros sin que se esfume el sentido del conjunto.

La explicación de ello está en que las «Historias...» de Bassani son piezas independientes de un retrato que de hecho está ya completo e implícito en cada aproximación, aunque haya de recibir todo su significado del acoplamiento final. Se trata de rehacer la vida de Ferrara bajo y tras el fascismo valiéndose de sucesivas aproximaciones al mundo vivo de la ciudad. Pero es curioso cómo esa ciudad va desbordando su confinamiento de referencia literaria, de marco de la acción, hasta erigirse en auténtico protagonista. El lector del «Cuarteto», de L. Durrell, recordará una sensación parecida por referencia a aquella mítica Alejandría. Sólo que aquí, en Bassani, no hay rastro alguno de lirismo y la presencia abrumadora de la ciudad tiene otro sentido.

Nos ayudará a entenderlo un rasgo del procedimiento empleado por Bassani que no ha sido suficientemente subrayado, que yo sepa. Me refiero a su curioso subjetivismo. Bassani es un realista estricto que se atiene al modelo de la descripción objetivista, observando sus límites y aceptando su servidumbre estética. Pero—y aquí está lo peculiar de su estilo—esa descripción de la realidad es acometida no en el plano simple de la visualización, sino en el complicado prisma de la conciencia. Casi se está tentado de jugar la paradoja y hablar, en el caso de Bassani, de un «objetivismo subjetivo».

Hay que advertir, por si acaso, que no se trata de una prosa básicamente realista penetrada aquí y allá, como es frecuente, de trufas de psicología más o menos funcional, sino de que la observación es filtrada de modo sistemático por la conciencia del autor, demiurgo que no renuncia ni un momento a su función medidora. Lo que tiene de más vivo y flexible el realismo de Bassani es justo su respeto por las cosas, su escrupulosidad responsable de cara al complicado manejo de una realidad que no debe ser alterada por el narrador, pero que tiene, eso sí, que ser juzgada por él.

En todo caso, estas son cuestiones preceptivas, aunque entre nosotros estimo que tienen todavía validez. Lo que sería importante indagar con cierta hondura—y no sólo para la sociología literaria—es en qué medida el realismo italiano al que pertenece Bassani y el traído y llevado realismo español de los años cincuenta, son fenómenos literarios de etiología básicamente común. Que el realismo español ciñera su crítica a la posguerra y el italiano pudiera aventurarse hasta la raíz del conflicto es cuestión que no requiere grandes aclaraciones. Lo importante es que ambos suponen una respuesta al irracionalismo y sus consecuencias. Tal vez por ese motivo carece de fundamento recordar la experiencia realista como una literatura de revancha. La tendencia a revisar un pasado violento se explica mejor como un intento de restablecer la lógica de la realidad, destruida por el marco pragmático de los fascismos, erigiendo la razón—aunque fuera la tosca razón de las cosas—como patrón de una nueva realidad. De ahí que la revisión del pasado guarde apariencias de revancha. Bassani—que fue partisano y no partidista—ha puesto en medio de esas «Historias...» esta tremenda explicación: «¿Pero es posible olvidar? ¿Es suficiente con desearlo?». La tragedia de la violencia—de guerra o de «paz»—no se puede olvidar ni basta con desearlo, precisamente porque no se trata de «ajustar cuentas»—literarias cuentas, al fin y al cabo—, sino de buscar en los hechos, todavía calientes, una explicación que nos revele las causas de esa racionalidad mostrenca que hizo posible el delirio de Dachau o la matanza que Mussolini organizó en Verona.

Para confirmarlo, no hay más que observar el talento con que los realistas rehuyeron siempre las novelas «de guerra» o las llamadas «políticas». Las novelas de estos géneros que se han producido en España llevan, significativamente—Gironella, Lera, etcétera—, firmas que la crítica no suele incluir, con santa razón, en la nómina del realismo, porque supieron advertir que las confrontaciones elementales terminan abocando casi siempre en un esquemático de buenos y malos

por el que termina filtrándose la verdadera vida. La reconstrucción verídica, en historia y más en literatura, es obra humilde de mampostería cotidiana. De ahí que Bassani pensara sus «Historias...»—con la excepción de «Una noche del 43», no incluida en la reedición actual—partiendo de lo cotidiano, de la vida media, observando el ancho sector pasivo que es, cabalmente, el «apolítico». El verismo de Bassani no se apoya en el retrato del sistema, sino en la pintura atenta de la ciudad Ferrara, que sigue su vida plegada al accidente político, de los ciudadanos que se refugian en casa o hacen «cola» para apuntarse al partido, de la maltrata clase media, del pueblo indefenso. Pero estos cuadros vulgares nos dicen, seguramente, mucho más que las propias Memorias del dictador. Por ese testimonio sereno y por la altura innegable de su prosa, Bassani es, sin duda, uno de los narradores más sólidos de la reciente literatura europea. Pero es también un poeta poco común y es de esperar que, alguna vez, se pongan al alcance del público sus libros de poesía, en especial su bellísima «Historia de los pobres amantes». ■ JOSE A. GOMEZ MARIN.

Fascismo e ideología

La subida de Hitler al poder, en enero de 1933, y la rápida sustitución de las instituciones democráticas surgidas al amparo de la constitución de Weimar por un régimen totalitario, tuvieron como consecuencia inmediata la disolución de las organizaciones obreras y la persecución de sus dirigentes. Llegaba, tanto para los socialdemócratas como para los comunistas, el momento de la reflexión sobre el doble fracaso de las tácticas reformista y revolucionaria que ambos movimientos habían seguido a partir de la violenta ruptura del invierno de 1918. El triunfo nazi venía, paralelamente, a quebrar los esquemas interpretativos que sobre la evolución capitalista sustentaban las dos Internacionales obreras: la especificidad del Estado totalitario, como forma su-

perior de defensa de la burguesía frente a los movimientos obreros, sugería un nuevo análisis, rechazando tanto la hipótesis de la transición gradual del capitalismo al socialismo como la caracterización del fascismo como fenómeno coyuntural, asimilable en tanto que régimen de clases a la democracia burguesa. En esta revisión de conceptos sobre el significado del fascismo cabría encuadrar libros como «Fascismo y gran capital», de Guerin, o el «Psicología de masas del fascismo», de Reich, que ahora nos llega (1).

Escrito en septiembre del año 1933, «Psicología de masas del fascismo» es formalmente una reflexión sobre las raíces del fracaso que para el movimiento obrero representó la toma del poder por el partido nazi. Cuestión que inmediatamente remite a un nivel superior: la exigencia de superar la interpretación tradicional, simplificada, de un marxismo ceñido a diagnosticar el sentido del cambio social como mera proyección del cambio económico. La investigación sobre el nazismo deviene así replanteamiento de la función social de la ideología. «El marxismo vulgar—escribe Reich—separa de forma esquemática el ser social, y más a menudo el ser económico, del ser en general», y afirma que la ideología y la «conciencia» de los hombres están determinadas, única e inmediatamente, por el ser económico. Esto conduce a una oposición mecánica entre economía e ideología, base y superestructura; hace depender la ideología, esquemática y unilateralmente, de la economía y no advierte la dependencia entre la evolución de la economía y de la ideología. Por esta razón, no concibe el problema de lo que se llama el «efecto de retorno de la ideología». La corrección de los análisis sobre la concentración capitalista y la incapacidad de contrarrestar el arraigo en la mentalidad de las masas del nazismo son, para Reich, la mejor prueba de dicha insuficiencia.

Reich procede, en consecuencia, a analizar los fundamentos de la ideología nazi. En todo caso, la extraordinaria lucidez de su análisis, que ca-

(1) Wilhelm Reich: «Psicología de masas del fascismo». Ed. Ayuso. Madrid, 1972. 148 páginas.

CUADERNOS para el DIALOGO.

«Cuadernos»
cumple
cien números

En octubre de 1963 aparecía una nueva revista mensual en nuestro país: «Cuadernos para el diálogo». Venía con la pretensión de llenar un hueco en el panorama informativo español, como publicación política en la que se ensayara una confrontación de ideas y, por tanto, sirviera a la convivencia nacional. Era, pues, «la revista de Ruiz-Giménez», pero no el órgano de Ruiz-Giménez, ya que las páginas quedaban abiertas a una ideología plural. A la hora de hacer el balance, nueve años después, con motivo de la aparición del número 100, puede decirse que los propósitos del equipo que fundó la revista y que

luego la ha mantenido, se han cumplido: «Cuadernos» ha llenado el vacío, ha sido la publicación mensual de miles de lectores, para quienes ha constituido una escuela de lectura política, abierta, plural, responsable.

Saludamos, por eso, con alegría este número 100 de nuestro colega mensual, cuyo repertorio de colaboradores es suficientemente representativo de la línea de la revista a lo largo de estos años: Félix Santos, Ruiz-Giménez, Pedro Altarés, Cruz, Barón, Serrano, Arellza, Ariza, Gómez Llorente, Sampedro, Mesa, Castilla del Pino, Aumente, Martín Gaité, Laín, Aranguren, Tuñón, Benet, De Miguel, Castellet, Llanos, León, Farga, M. D. Gil, Huertas Clavería, Alcalde, García de Blas, A. del Amo y Verdú. El equipo que hace TRIUNFO desea, desde aquí, al de «Cuadernos» larga vida periodística dentro de la fidelidad a los supuestos que se marcaron hace nueve años y de los que es expresivo este estu-
pendo número 100.

bría extender a otros movimientos nacionalistas, se ve superada por el alcance de su punto de partida metodológico: «La ideología de cada formación social no tiene como única función el reflejar el proceso económico de esta sociedad, sino más bien la de anclarla en las estructuras psíquicas de los hombres de esa sociedad. Los hombres están sometidos a sus condiciones de existencia de dos maneras: de manera directa, por la repercusión inmediata de su situación económica y social, y de manera indirecta por la estructura ideológica de la sociedad; deben, pues, desarrollar siempre en su estructura psíquica una contradicción que corresponda a la contradicción existente entre las repercusiones de su situación material y las repercusiones de la estructura ideológica de la sociedad».

El pequeño libro de Reich es, pues, al mismo tiempo, un espléndido análisis de la mentalidad nazi y una aportación de primer orden a la teoría de la ideología. ■ ANTONIO ELORZA.

Elogio global de Bradbury

El método biográfico utilizado por José Luis Garcí para aproximarse a la personalidad de Bradbury (1) podría perfectamente calificarse de indirecto. No se trata de seguir paso a paso la trayectoria vital del autor de «Fahrenheit 451», sino de, a partir tan sólo de sus datos fundamentales, introducirse en el personaje y narrar sus reacciones tomando como base cuanto de sí mismo deja el escritor en sus obras. Estamos, pues, ante un intento de biografía subjetiva, de visión estrictamente personal de un autor en la que, incluso, se produce a menudo una curiosa fusión entre biógrafo y biografiado, como en un intento desesperado de acercar al lector lo más posible al mundo bradburiano. Junto a esta subjetivación, la otra particularidad del libro radica en su estructura no analítica —común en este tipo de obras—, sino narrativa. Es decir, Brad-

bury queda casi transformado en un personaje de ficción del que se nos cuentan una serie de cosas, apoyadas siempre —por supuesto— en datos reales. La vocación científica que existe en todo biógrafo ha sido aquí suplantada en gran parte por una vocación novelística, descriptiva, de unos estados de ánimo y unas situaciones concretas. Casi inevitablemente, dada la estructuración que hemos mencionado, el trabajo de Garcí se resiente de un apasionamiento que le lleva a hacer más un «elogio global de Bradbury» que una verdadera imagen del creador de las «Crónicas marcianas». Creo que sin esta «defensa a ultranza» —que no veo necesaria, pues la polémica sobre Bradbury ha sido, desgraciadamente, mínima entre nosotros— el libro habría ganado muchos tantos, al igual que con un mayor rigor estilístico, un autodomínio para evitar repeticiones y un olvido —quizá imposible— por parte de Garcí de su condición de cinéfilo. Lo que no implica un juicio global en contra, entre otras cosas porque existe en el tomo una labor de investigación bibliográfica realmente importante, sobre todo tratándose de un dominio aún poco explorado —y despreciado todavía en diversos sectores— como el de la ciencia-ficción. ■ F. L.

CINE

Impersonal, mimético Edwards

Creo que ni los más acerbos defensores del «cine de autor» podrían decir que «Dos hombres contra el Oeste» («Wild rovers», 1971) era una película de Blake Edwards, de no salir su nombre en los títulos de crédito. Porque si hay algo que destaca en este film es la impersonalidad de sus imágenes, el tono no ya «standard», sino de segunda mano, que predomina a lo largo de sus ciento y pico minutos. Como en un esfuerzo desesperado por ponerse a la moda, al nivel de lo que se está haciendo últimamente, en su primer acercamiento como director al mundo del Oeste, Edwards toma de aquí y de allá para ofre-



triunfo

la próxima
semana:

100 PAGINAS
DEDICADAS A LA
**CIENCIA
FICCION**

en las que los más calificados especialistas —Vigil, Santos, Paramio, Cuadrado, Frabetti, Martínez, Inglés, Martín, doctor Alvarez Villar, Fontes, A. Lara— y firmas de la revista —Haro Tecglen, Vázquez Montalbán, F. Lara, Galán, Chumy-Chúmez, Egullor— analizarán en todos sus aspectos el tema de la

**CIENCIA
FICCION**

Junto al número habitual de TRIUNFO, ofrecemos este ejemplar de cien páginas a formato reducido. Se incluyen asimismo tres narraciones de Asimov, Bradbury y Buiza.